

## Carlos Correas: virtudes y excesos autobiográficos

Carlos Surghi

Centro de Estudios Avanzados

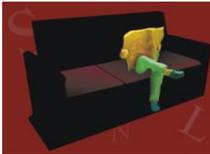
CONICET - Universidad Nacional de Córdoba

### Resumen

La reciente aparición de textos inéditos de Carlos Correas (1930-2000) ha generado un estudio solitario pero sistemático de su obra. Prólogos, reseñas de libros, recordatorios periodísticos y jornadas de estudio son un ejemplo del interés tardío que, sin embargo, responde a la importancia que *lo autobiográfico* ha comenzado a tener como *marco* y *objeto* de estudio en la literatura argentina. El presente trabajo pretende analizar las figuras biográficas construidas por el escritor en sus relatos novelescos como así también en su obra ensayística para observar de que modo lo autobiográfico, como vicio y virtud, desarticula la autonomía literaria.

**Palabras clave:** autobiografía - experiencia - ensayo - autonomía literaria.

Lleno de malos entendidos, excesivamente condescendiente con la fama y por demás atento a la egolatría propia de una reacción intempestiva, el movimiento autobiográfico que se abraza a la suerte del romanticismo para consolidarse, habría estado condenado a la memoria de lectores insufribles que reparaban en esa serie de equivocaciones cotidianas a las que un escritor se expone de no ser por una suerte de operación negativa que, no sólo lo salva del tedio, sino que también lo impulsa hacia el abismo imaginario de la invención de sí mismo. Aún así no está del todo claro en qué momento la escritura del yo deja de ser edificante, representativa de una voluntad del espíritu de la historia destinada a un otro que por detrás del fantasma del autor recoge las miserias del cuerpo del escritor, para pasar a ser, luego en un futuro mucho más agradable, pura vanidad, desborde de la experiencia o simples especulaciones del yo. Sin embargo su interés llega aún a nuestros días; su conocimiento puede resultar propio de quien alcanza a ver la mala fe que en ese acto consume cada virtud e incendia todos los excesos; mientras que su presencia se transforma en una fuga para esa especulación siempre atenta en la literatura; es así que nos referimos a la subjetividad como un



## Actas del II Congreso Internacional "Cuestiones Críticas"

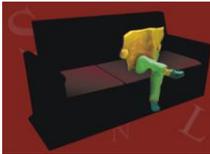
Rosario 2009

Centro de Estudios de Literatura Argentina  
Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria / FHyA-UNR

problema de credibilidad pero también como un problema de representación que haría del movimiento autobiográfico el más actual de todos los tiempos sin necesidad de atenerse a una forma, un registro o una marca particular.

¿Existe entonces quién habla por detrás de las palabras? ¿Es un fiel retrato la máscara construida para ese espectro de la fama? Ya sea en la virtud del biógrafo o en el exceso que para el propio autor supone el uso de la experiencia y la invención de una autobiografía, la escritura del yo que tan común nos resulta a la hora de preguntarnos y contestarnos a quién le corresponde todo esto, no es más que una de las tantas formas de la invención imaginaria que la literatura posibilita. ¿Qué es lo que vale entonces en esa práctica de la inmanencia, en ese espejo para otro? Desde ya que lo que vale antes que la ajena figuración es la práctica discursiva que *disuelve, desfigura y disuade* cualquier idea de identidad. Así aunque resulte extraño, habría que pensar la escritura autobiográfica como una de las formas más acabadas de la destrucción, como una posibilidad de ultimación en la aparente letra, o en todo caso, como la imposibilidad de pensar la experiencia del yo al margen del viejo romanticismo que en su extraña y silenciosa evolución encuentra momentos en los cuales proponernos lo literario unido a la suerte de una escritura, un autor, un individuo. Pero por supuesto que para que esto suceda, es necesario que el sujeto se haga cargo de su propia vida y encuentre un modo de replegarse sobre el vacío, es decir, sobre aquello que ya no puede existir como tal y que por eso mismo reclama el espejismo de una forma.

Cualquier página en la que se respire autenticidad nos alienta a pensar que el problema de la literatura siempre es la experiencia; por lo tanto una escritura que transforme la vida en experiencia sin más mediación que la del aparente fiel testimonio, es en definitiva una escritura que lleva la literatura casi al mismo punto en el que el sujeto y el lenguaje se originan como una clausura que mira hacia el futuro. Como ya lo señalara Agamben en su aventura tras la infancia, el pasado también es esa clausura de la que ya no podemos hablar cuando justamente comenzamos a hablara. Por lo tanto si debemos situar en algún punto el origen de una escritura particular que ve las limitaciones del biografismo pero que no se conforma con el objetivismo de la invención, ese punto de seguro es el espacio donde el relato de la propia experiencia se



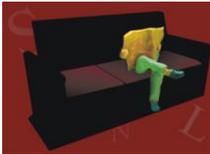
## Actas del II Congreso Internacional "Cuestiones Críticas"

Rosario 2009

Centro de Estudios de Literatura Argentina  
Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria / FHyA-UNR

confunde con la invención de la misma, donde escribir en tiempo presente es necesariamente recuperar el pasado. Ese punto en definitiva es un espacio en el cual cada relato, cada invención o cada trama sustentada por palabras, se transforma en experiencia, en intromisión de la vitalidad. De ahí que la insistencia autobiográfica que lleva a la experiencia autoficcional, se encuentre presente también en el ensayo que reúne las experiencias del sujeto como un modo de actualizar el pasado, de darle vigencia a lo perdido.

Sin embargo someter al lector a los pormenores de una vida, al relato de las falsas expectativas de la voluntad y al moralismo del acto ejemplar es por cierto una tarea que niega el poder mismo de la experiencia; pues confiamos en la materia objetiva que se nos entrega pero dudamos hasta el hartazgo de su intensión pormenorizada como una acción propia de quien escribe para dejar testimonio. Por ejemplo, nada más cercano a Borges que la desdicha de ser Borges al tener que ensayar sobre la experiencia. Pero al mismo tiempo, nada más propicio que esa fatalidad para comenzar a erigir la invención de una negación que lo tiene como principal protagonista. En Borges desde sus primeros textos hay una encarnizada búsqueda de la distancia que salva de esa fatalidad, una búsqueda del tiempo ilusorio que borra cualquier hecho circunstancial y que por lo tanto, elimina cualquier hecho capaz de referir la credibilidad que supone afirmar entre tantas cosas en el mundo nada más ni nada menos que la presencia del yo. Desde el olvidable periodo ultraísta, pasando por la enfática y rápida aventura del criollismo, hasta llegar a la cátedra del mundo donde su voz resuena con las mismas sentencias, los selectos libros y los limitados temas, nuestro escritor más representativo y universal se afana en negarse apelando a la función propia del autor que acaso sea una de las pocas características que comparte con la modernidad a la que sin buscarlo terminó por afirmar y definir: el yo circunstancial del mundo debe estar ausente de la suerte corrida por las invenciones de la inteligencia. ¿Sin embargo es realmente así? Borges que odiaba recordar -pero que paradójicamente forjó toda su obra como si se tratase de un recuerdo, primero autoimpuesto y luego finalmente como consecuencia de una privación concreta- hubiese entendido imposible una literatura que tramara las peripecias del yo; es más, hubiese entendido también como algo



insoponible las aventuras de un Flaubert o un Joyce que no abandonan en ningún instante a sus criaturas y que de hecho jamás se dejan de prestar la atención necesaria para encontrarse y proyectarse justamente en cada unas de ellas. ¿De qué nos hablaría Borges en sus ensayos de atentos detalles, en sus cuentos de la invención fabulosa en la inmediatez reconocible o en sus poemas del más abierto patetismo indisimulable? Por supuesto que de él mismo; pero de un Borges que en sus primeras aventuras metafísicas y en sus últimas repeticiones tediosas, es nada más ni nada menos que el ejemplo del *instante biográfico singular* antes que la suma de los días o la corroboración de los hechos que todo lo generalizan. De este modo en el libro de ensayos titulado *Inquisiciones* leemos esta operación que pretende declarar la nadería de la personalidad:

No hay tal yo de conjunto. Basta caminar algún trecho por la implacable rigidez que los espejos del pasado nos abren, para sentirnos forasteros y azorarnos cándidamente de nuestras jornadas antiguas. No hay en ellas comunidad de intenciones, ni un mismo viento las empuja. Lo han declarado así aquellos hombres que escudriñaron con verdad los calendarios de que fueron descartándolos el tiempo. (1998a: 97)

Aquí la pereza borgeana es el sello de su inteligencia, pues si existe un individuo al cual dedicarle la atención de las palabras que se interesan en sus actos -que de por cierto nos resultan inaccesible-, éste es un individuo que apenas si vale por el relámpago de un instante, la fugacidad de una anécdota o el destello de una singularidad que lo salva de un arduo trabajo con el aliado incondicional de toda escritura biográfica, nos referimos por supuesto a la memoria. Para nuestro joven Borges entonces recordar es sentir, como a caso para Marcel Proust -con su rigurosidad compositiva- también lo sea del mismo modo pero bajo el imperio de la extensión como forma, pues efectivamente, en un instante, se pueden recuperar los dos caminos de la infancia, todos los nombres de regiones de la sensibilidad junto a cada playa del verano y cada noche de fiesta en los salones del pasado que son al mismo tiempo la vida y la obra en siete gruesos volúmenes. Sin embargo la negativa de Borges ante el yo se basa en el rechazo al sistema que viene por detrás de éste. El irracionalismo inspirado en Schopenhauer se confirma en pasajes como el siguiente:

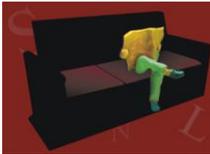


Ya hemos visto que cualquier estado de ánimo, por advenedizo que sea, puede colmar nuestra atención; vale decir, puede formar, en su breve plazo absoluto, nuestra esencialidad. Lo cual, vertido al lenguaje de la literatura, significa que procurar expresarse, y querer expresar la vida entera, son una sola cosa y la misma. (1998a: 99)

En definitiva no deja de ser sorprendente la síntesis de Borges para postular un lenguaje de la literatura cuya única característica es que una vida y expresión en un mismo acto de voluntad. Quien haga uso entonces de ese lenguaje no estará más que remitiéndonos a un estado de sensibilidad que no sólo es revelador sino también, y por sobre todo, íntimo. El culto entonces por el Buenos Aires perdido en el pasado, no es ni más ni menos que una intuición de esa sensación de posesión del instante en el que nos individualizamos como lo que verdaderamente somos: nadie, nada o como el Borges del final gustaba atribuir a Shakespeare la singularidad de ser everything and nothing ahora y para siempre. Pero bien, sirva a modo de ejemplo esta antológica página del fervor juvenil que recorre una ciudad pobre, fantasmal y vacía en el límite de sus calles y suburbios que se sustraen a todo ante el tono rosado de una humilde tapia de barrio:

El fácil pensamiento *Estoy en mil novecientos y tantos* dejó de ser unas cuantas aproximativas palabras y se profundizó a realidad. Me sentí muerto, me sentí percibidor abstracto del mundo: indefinido temor imbuido de ciencia que es la mejor claridad de la metafísica. No creí, no, haber remontado las presuntivas aguas del Tiempo; más bien me sospeché poseedor del sentido reticente o ausente de la inconcebible palabra *eternidad*. Sólo después alcancé a definir esa imaginación. (1998b: 132)

Lo autobiográfico -que no es ni más ni menos que una acumulación caótica de sensaciones como esta-, parecerían estar en el objeto, el suburbio, la tarde, la anécdota en sí que sólo así se vuelve una especie de correlato objetivo; pero en este caso lo particular es que se trata de un correlato objetivo de los recuerdos que ni siquiera alcanzan a conformar un volumen de la memoria. Buscando entonces la nulidad del yo, Borges encuentra la particularidad de la inversión autobiográfica en una serie de escenas llevadas adelante por la expresión de un lenguaje que es justamente la sensación pura de ese instante. Melancólico como pocos y conocedor de la desdicha autoimpuesta, nuestro autor comprenderá que toda palabra tiene como destino la nostalgia.



Carlos Correas, quien ensayó aquí y allá dos o tres acercamientos a la figura de Borges,<sup>1</sup> no sólo emprendió esta especie de comprensión analítica de la nostalgia en observaciones atentas y pormenorizadas; sino que también practicó la intimidad con la ciudad para fundar una invención de la escritura autobiográfica que se construye desde un intento por recuperar con la palabra cada instante aislado que nos devuelve una singularidad mayor. Para Correas el instante en que Borges disuelve la personalidad del yo está íntimamente ligado al monótono transcurrir del entorno porteño. La particularidad entonces del episodio de Borges -según Correas- radica en que una simple caminata por el barrio, se transforma en una contemplación intensa de todo aquello que rodea lo que he sido, soy, y más aún, no podré ser. Acompañada del goce y el placer estético del contorno de las cosas transfiguradas en una especie de misterio o secreto que me corresponde, la inutilidad de este acto -su gratuidad y su vagabundeo- termina en realidad por arrojarnos a un recogimiento en el que "la caminata nos devuelve a nosotros mismos, a una suerte de limpidez propia originaria", la cual es una religiosidad que nos proyecta a una suerte de trascendencia negativa que se cifra en el pasado de la infancia. Por lo que la caminata que esconde esta revelación del instante no es más que un intento por "sacralizar la contingencia y la gratuidad de la calle," (Correas 1995: 38) es una última tentativa desesperada por darle un mínimo de especificidad al solitario rostro con el que construiré mi máscara de escritor, de hombre

---

<sup>1</sup> Uno de esos acercamientos se encuentre editado en *Narrativa Argentina. Undécimo encuentro de escritores Dr. Roberto Noble*. Es de destacar que sobre el final de su vida, el acercamiento a Borges significa para Correas el encuentro de un estilo lacónico y sentencioso, fruto de la admiración; sin embargo, la lectura se ve anclada en la clave referencial de la experiencia subjetiva. En este caso esa clave es la imposibilidad del otro como amado en las ficciones de Borges, donde nuestro autor ve una disolución de cualquier vínculo: "Borges habrá de buscar a Beatriz y a Teodelina en un absoluto que es asimismo un más allá del mundo de los gestos y también de la charla. Esta búsqueda ha de ser un ascenso místico. (...) Borges las ha amado y las ama como idiota. Idiota, idiosincrásico, según la conceptualización de Platón en Politeia: el idiotés: el hombre privado, el separado de la polis, de los asuntos públicos." Por lo tanto, no queda otra salida -pues allí comienza y allí termina la aventura amorosa- que la opción por la escritura y la invención del propio enamoramiento que es otra forma de figuración: "Y, además, como Borges las ama, las inventa, a la tilinga y a la esnob si bien las presenta urgidas, taimadas, variables... e insignificantes. Por tanto, las mujeres no amadas por Borges son, sí, objetos de sus sentidos, pero a la vez ausencia o vacío. Siendo así, un hombre sólo concebiría a las mujeres que ama, a las mujeres de su invención. Por ejemplo, Kafka debía enfrentar con paciencia y con obligada entereza las recriminaciones de las mujeres a las que había dejado de amar porque ya se había extenuado en inventarlas. Tal, entonces, la manera como el enamorado Borges se nos da en algunas de sus narraciones. Un inventivo amor idiota, ridículo y místico, hecho a partir de gestos y charlas, y... ¿por qué clase de mujeres!" (Correas 1999a: 17)



de letras y por sobre todo, de hombre que habita un Buenos Aires que, como esa misma intimida, ya no existe. Pero este pequeño hallazgo en la humildad de los confines del arrabal si debemos nombrarlo como lo que verdaderamente es, es en realidad una proyección sobre toda la obra de nuestros autores, pues la intensidad del sentimiento de muerte experimentado se trasladará a la obra como un impulso para la escritura. Borges lo hará apelando a la tarea cumplida; para él este movimiento no es otra cosa más que transfigurar el instante en símbolos y objetos que la literatura misma depara a la suerte individual como lo muestra el siguiente pasaje:

Un hombre se propone la tarea de dibujar el mundo. A lo largo de los años puebla un espacio con imágenes de provincias, de reinos, de montañas, de bahías, de naves, de islas, de peces, de habitaciones, de instrumentos, de astros, de caballos y de personas. Poco antes de morir, descubre que ese paciente laberinto de líneas traza la imagen de su cara. (Borges 1998c: 127)

Mientras que para Correas, esta misma reinención de la experiencia en la literatura, no es más que el traslado de la experiencia del instante que definitivamente termina siempre hablando de ese yo que parecería extraviado en el tiempo:

El instante borgeano de *sentirse en muerte* es el de sentirse eterno; este instante vence el tiempo y en él nos adherimos a nosotros mismos contra el futuro, la previsión y la memoria utilitarista; la pasión, suave o impetuosa, es el sentimiento por el que cierta fatalidad se desliza en nosotros para hacernos vivir que lo que somos *ya* lo somos y debemos descifrarlo fuera de nosotros: en el rostro de una mujer, en una calle, en una música, en una esquina. (Correas 1995: 40)

El hallazgo de la experiencia del instante en Borges posibilita a Correas salvar la propia experiencia evitando la objetividad biográfica y el descrédito de una egolatría literaria que reduciría la intensidad del instante aleatorio a la sucesión de la memoria ordenada y lineal que proyecta la sombra de la fama. En ello se juegan sus virtudes y sus excesos, en *la invención de una autobiografía hecha de instantes* sin mayor trascendencia que la evocación de la experiencia donde se originan. Escribir sobre mis experiencias pasa a ser entonces escribir sobre la imposibilidad de concebir un yo unívoco. Pero en todo caso la proximidad a ese yo estaría dada por las pasiones, las desdichas y las insistencias de ese escritor que se pasea por la ciudad del presente



cuando en realidad se está en la ciudad imposible. Si en algo la literatura de Correas se caracteriza, es en el hecho de que sus personajes, sus ensayos, sus observaciones críticas y todo lo que su palabra pudo haber contado, se origina en el transcurso de largas caminatas por la ciudad, en vagabundeos fantásticos de cuadras y cuadras en las que una vieja calle de las afueras fabriles, un cine de dudosa moral o un bar indiferente al presente de sus habitantes parecen dictarle a la escritura la inmediatez de la infancia y la juventud. Que esa escritura sea entonces una narración de esa realidad clausurada, ahora entrevista por revelaciones azarosas, no significa que sea biográfica en el sentido del espacio temporal que recorta, sino más bien significa que la experiencia es el límite de todo impulso en la escritura del yo. E aquí desde ya que el hechizo del pasado sólo vale en tanto que resignifica el presente; prueba de ello es esta experiencia plagiada al mismísimo Borges que en realidad es el encuentro de dos soledades:

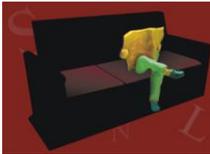
Claro que determinadas circunstancias de lugar y hora han de intervenir para disponer la experiencia del instante: una noche de 1928 Borges se sintió en 1898 al llegar en su caminata a una esquina de las afueras de Palermo; en cuanto a mí, en una tarde de 1979, me sentí en 1928 contemplando los charcos y la maleza de la calle Torcuato Di Tella en Piñeyro, detrás de los fondos de una fábrica derruida. (Correas 1995: 41)

En la superposición de estas soledades encontramos no sólo la lenta corrupción del tiempo que cambia las esquinas del barrio por el barro de los arrabales industriales, sino que también encontramos el punto de origen de una aventura literaria que se emprende hacia el futuro clausurado, el futuro de la obra que jamás será una conquista del pasado sino más bien una invención del mismo; pero para recuperar el individuo que somos fuera de nosotros, en una exterioridad que como tal alcanza el extraño misterio de la intimidad, hace falta un incentivo que sea capaz de transformar la vida misma en la literatura que se escribirá. La intimidad del barrio con sus calles, sus tardes, su vida vulgar salvada sólo por el pensamiento y la literatura, en definitiva su ser de ciudad -y en ese ser de ciudad ser Buenos Aires-, junto a la intimidad del escritor como puede haber sido la aventura en Kafka, Arlt o el amigo Masotta ganado por la muerte, son para Correas las formas de darse un destino literario como el mismo que Borges hacia 1928 había visto en esa insignificancia propia de quien se concentra en el lenguaje hasta



alcanzar una libertad que puede conjugar memoria y olvido. Como ya lo hemos visto, en el prólogo a su traducción de las cartas del noviazgo de Kierkegaard, Correas acuñó esa frase que en realidad lo ayudaba a pensar, planear y reflexionar sobre la escritura de los otros, pero por sobre todo, sobre la propia escritura. Al señalar que “escribir es escribirse” (Correas 2005: 2) no estaba haciendo otra cosa más que suspender el poder de la ficción en la escritura para darle paso, en su intento de biografía sobre Oscar Masotta, a “la volatilidad de la palabra, su invencible diferencia, y la bruta identidad de lo real, también invencible por necesaria.” (Correas 1991: 13)

Del mismo modo que para Correas la letra llama al fantasma del autor en una operación de espejismo, podríamos señalar que caminar es reencontrarse no sólo con el fantasma de uno sino también con el de los otros, mientras se ensaya el rostro que la escritura les presentará. Y caminar también sería desentrañar la juventud como el hecho de leer podría significar recuperarla; y qué mejor modo entonces de caminar lo leído que ir a los textos de juventud de Borges desde donde el pasado se encaminan hacia el encuentro de estos dos escritores. Haciendo oídos sordos al presente, que cual cantos de sirenas le avisa a nuestro ensayista sobre la imposibilidad de leer al primer Borges, Correas inicia su recorrido afirmando que esos ensayos de los años veinte son “según lo que he comprendido de ellos, excelentemente amenos, por lo que infiero que todo lo que no he comprendido también debe ser de igual excelente amenidad.” (Correas 1999: 22) ¿Pero a qué se debe este exceso del gusto que comienza en la virtud de la crítica y se diluye en eso que Correas llama *amenidad*? Una primera respuesta podemos encontrarla en lo que nuestro ensayista señala como “la vigencia de su vejez respecto de lo visible” (Correas 1999b: 23), lo cual no es ni más ni menos que una especie de contraseña a la melancolía y la nostalgia de ciertos temas, ciertos nombres, ciertos usos del lenguaje que como tales, sólo son posibles gracias al fervor denodado del propio Borges. Un fervor que Correas admira en las operaciones lingüísticas de un uso patricio del idioma tras una aventura justamente imposible, la de construir un idioma de los argentinos que tiene algo de fascinante y monstruoso; o que deriva de su propia afinidad compartida en el gusto por los alcances de la retórica, tema en el cual, señala Correas, “entiendo las derrotas del lenguaje que atonta o que harta y las hazañas del lenguaje que gana”. Sin



embargo el fervor se hace uno al identificar las mismas experiencias que resultan ser la intensidad con que se define la amenidad señalada. Así la amenidad no es ni más ni menos que "una imposición de la emoción original del autor", la cual puede ir desde la prosa con estilo, que no es otra cosa que la individualidad de la expresión que torna a un escritor reconocible por sus frases, y aún más, que lo vuelve admirable como estilo absoluto a imitar o como un demente solitario y aristocrático; hasta las experiencias compartidas que dan cuenta de que "yo también he logrado casi igual y momentánea eternidad en muchas otras esquinas de Buenos Aires." (Correas 1999b: 31) Este último fervor es el que le permite a Correas reducir toda la literatura a ese problema de la filosofía que sin embargo, en las letras, se resuelve o se reduce a la escritura que nos tiene como origen y destino de la felicidad. Señalando la presencia de Buenos Aires en la juventud de Borges, esta página es en realidad una excusa para actualizar y ampliar la experiencia del instante con la que Correas habilita sus temas literarios. A la experiencia de 1928 del escritor de *El idioma de los argentinos* en las orillas de Palermo, le sigue una visita en los cincuenta a las afueras de Flores, y una amplia serie de detalles antropológicos y geográficos que completan la ya mencionada excursión fabril de fines de los setenta. Sin embargo más que la invención literaria de estas circunstancias personalísimas, importa la reflexión que de ellas se desprenden para poder llegar a comprender qué lleva a Correas a repetirlas una y otra vez:

(No ignoro la diferencia entre vivir en Laferrère y vivir en Palermo y visitar Laferrère; digo que estas visitas, y análogas, significan un consuelo ocasional, y no hemos de desdeñar los momentos en que el consuelo se vuelve forzoso y confortante; aquí el consuelo de vagabundear por las afueras de franca pobreza y miseria es una suerte de resarcimiento de la estupidez y canallería de los barrios residenciales o señoriales y de sus correspondientes habitantes; entiendo que así lo habrá entendido el muchacho Borges. Por lo demás, yo ya no visito Laferrère ni afines; he cambiado de consuelos; apuesto a que otros lo hacen y lo harán por mí: son andanzas buenas y realmente didácticas.) (Correas 1999b: 26)

Edificar el consuelo del yo, buscando en el presente una contraseña del pasado, en la vejez respecto de lo visible que se sustenta sólo por la palabra fantasma algo así como un resarcimiento de la estupidez del día a día, es lo que lleva a que la escritura no

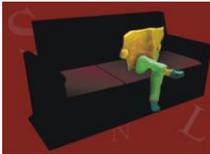


## Actas del II Congreso Internacional "Cuestiones Críticas"

Rosario 2009

Centro de Estudios de Literatura Argentina  
Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria / FHyA-UNR

se detenga. Qué clave secreta se esconderá en ese consuelo, qué confortará el ánimo del escritor ya prácticamente afantasmado por su propia vida, resulta ciertamente tan íntimo como imposible de saber. Pero aún así podríamos arriesgarnos a pensar que una literatura hecha con fervor -como lo es la literatura que se apodera de la contraseña autobiográfica- no puede ir, necesariamente, más allá de ese recogimiento extasiado en el cual, la vida literaria del autor, se origina de una vez y para siempre en la experiencia a la que una y otra vez se querrá volver. Que en sus novelas y en sus relatos los personajes de Correas recorran trayectos que van de un barrio de Retiro irreconocible hasta las inmediaciones desoladas de un partido bonaerense que se pierde en la llanura, o que tracen entre el sur de la avenida Boedo y el norte de la avenida Santa Fe una zona de tensión que aglutina treinta años de una vida, no es un simple suceso narrativo, no es ni siquiera un hecho más entre los miles de hilos que un escritor puede desenredar en su laberinto. Resulta que aniquilada la memoria individual, sólo queda el mundo para echar mano de los recuerdos imperecederos. Es allí entonces cuando se produce un movimiento inverso que nos señala que *lo íntimo* no es nuestra personalidad, sino justamente *el mundo que la anula*, ese mundo insignificante que da origen a la literatura que transcurre en los otros. Anulados entonces como espectros o sombras de un pasado y de un presente, sólo resta escribir esa literatura que nos tiene como personajes para inventar la propia vida.



## Actas del II Congreso Internacional "Cuestiones Críticas" Rosario 2009

Centro de Estudios de Literatura Argentina  
Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria / FHyA-UNR

### **Bibliografía**

Borges, Jorge Luis (1998a). Inquisiciones. Buenos Aires, Alianza Editora.

----- (1998b). El idioma de los argentinos. Buenos Aires, Alianza Editora.

----- (1998c). El hacedor. Buenos Aires, Alianza Editora.

Correas Carlos (1991). La operación Masotta (cuando la muerte también fracasa). Buenos Aires, Catálogos.

----- (1995). Arlt literato. Buenos Aires, Atuel.

----- (1999a). "Borges enamorado, por el 'propio' Borges". Narrativa Argentina. Undécimo encuentro de escritores Dr. Roberto Noble, Directora Liliana Lukin. Buenos Aires, Fundación Roberto Noble.

----- (1999b). Ensayos de tolerancia. Buenos Aires, Colihue.

----- (2005). "Kierkegaard: un mito en la génesis de una filosofía". Kierkegaard, Soren. Cartas del noviazgo. Buenos Aires, Leviatán.